

Capítulo 213

Entre las tierras de Greynifra y los Hombres Lagarto. En un lugar improvisado para las negociaciones.

«¿No es necesaria ninguna escolta?».

«Sí, eso es lo que dije».

Magrina recibió este informe de Rim.

«¿Es cierto?».

«Sí, oh Grande».

Sentado frente a Magrina estaba Hazad.

Cuando él preguntó, Zukurak también asintió profundamente en señal de acuerdo.

Al ver esto, Hazad se frotó la barbilla pensativamente varias veces.

«Bueno, supongo que no hay otra opción. Si mi amigo lo cree así, tendré que dar un paso atrás».

Contrariamente a lo esperado, se retiró con sorprendente elegancia.



«Vaya, te lo estás tomando bastante bien».

«No soy como esos elfos astutos que fingen actuar con honor mientras traman en la sombra».

«Tú solías ser aún más astuto que nosotros...».

«Ejem».

En cuanto se mencionó el pasado, Hazad carraspeó y apartó la mirada.

Para los de menor rango, podría haber parecido simplemente un remolino de humo negro, pero para cualquiera que lo observara de cerca, estaba claro que Hazad estaba nervioso.

Tras una breve pausa.

«De todos modos, si mi amigo insiste, no hay necesidad de que nos quedemos aquí».

Hazad se levantó, como si no hubiera nada más que discutir.

«Entonces, pongámonos en marcha».

Con eso, se dio la vuelta con frialdad y abandonó el lugar de la negociación.

Mientras Magrina se quedaba mirando hacia donde se había ido,

«Su Majestad».

«Adelante, Rim».

Rim llamó a la reina con una expresión ligeramente arrepentida.

Si se hubiera confiado la escolta a los elfos, ella habría tenido la oportunidad de proteger al propio Elfo Primordial.

Para Rim, y de hecho para todos los elfos, proteger al Elfo Primordial, a quien esencialmente consideraban un dios, era un gran honor y privilegio.

Normalmente, Paggade tenía que proteger al Árbol del Mundo de aquellos que emergían de las raíces, sin dejar espacio para proteger a nadie más.

Pero desde la visita del Elfo Primordial a las raíces, esas amenazas habían desaparecido.

Ahora que Rim tenía capacidad para otras tareas, sentía aún más la pérdida.

«Entonces, tal y como ordenaste, retiraré las Hojas Sombrías».

Como si comprendiera sus sentimientos, Magrina sonrió suavemente y negó con la cabeza.

«No».

«¿Perdón?»



«No hay necesidad de retirar las Hojas Sombrías».

«Pero ¿no acabamos de decidir...?»

«Rim, aunque rechace la escolta, el Elfo Primordial es alguien a quien debemos proteger. Lo entiendes, ¿verdad?».

«Sí, por supuesto».

«Esa es tu respuesta. Puede que se haya negado, pero sin duda fue por consideración hacia nosotros».

En realidad, fue un esfuerzo desesperado de Alon por evitar revelar su secreto.

Pero, sin darse cuenta de ello, la sonrisa de Magrina se hizo más profunda.

«Por eso debemos seguir escoltándolo. No podemos confiar su seguridad a esos lagartos, ¿verdad?».

Era un argumento válido.

Rim asintió, pero no pudo evitar preguntarse.

... ¿Cuál es exactamente la relación entre Su Majestad y ese supuesto Sabio del que se ha hablado hace un momento?



La reina, Magrina, y el Sabio de los Hombres Lagarto, que había conversado casualmente con ella...

Rim estaba seguro de que no se habían visto con frecuencia antes.

Y, sin embargo, parecían extrañamente cercanos.

... A pesar de que se insultaban constantemente.

A pesar de sus pullas, su intercambio se había parecido más al de viejos rivales que al de verdaderos enemigos.

Sin embargo, Rim pronto descartó su curiosidad.

Eso no era lo importante en ese momento.

«Entonces, mantendremos las Hojas Sombrías tal y como están».

«Hazlo».

«Y, Majestad».

«¿Sí?».

«¿Sería posible...?»

Justo cuando Rim estaba a punto de formular su petición con cautela,

dentro del enorme palanquín que llevaban los Hombres Lagarto, Zukurak ladeó la cabeza, confundido.

«... ¿Quieres enviar tropas de escolta?».

«Sí».

En un espacio lujosamente decorado, lo suficientemente grande como para considerarse una habitación, Zukurak quedó desconcertado por la orden de Hazad.

Era completamente diferente de lo que había dicho antes con Magrina.

«... Pero ¿no acabas de decir que no enviarías ninguno?».

Hazad se rió entre dientes.

«Por supuesto, eso era mentira».

«¿Pero tu amigo no lo quiere?».

«Bueno, para ser sincero, probablemente no, pero eso es otro tema».

«¿Ah, sí?».

«Sí. Los envío porque estoy preocupado por él».



Eso es todo, murmuró Hazad en voz baja, antes de continuar.

«De todos modos, hazlo. Pero asegúrate de que no se den cuenta, envía a los más discretos».

«... ¿Debo enviar al clan Velo de las Sombras?».

«Mmm, no es mala elección».

Hazad se recostó en su asiento, satisfecho.

Al verlo, Zukurak de repente formuló una pregunta.

«¿Puedo preguntarte algo?».

«¿Qué es?».

«... Si ibas a enviar una escolta de todos modos, ¿por qué molestarte en ocultárselo a los elfos?».

«Obviamente, porque es necesario».

«?»

«Los elfos actúan como si les importara el honor, pero son astutos. Si se lo cuentan a mi amigo, solo será un dolor de cabeza».

Hazad asintió para sí mismo, como si conociera muy bien a los elfos.



En otras palabras, le preocupaba que pudieran chivarse al marqués Palatio.

Al ver que su dios desconfiaba de la interferencia de otros, a Zukurak le pareció extraño.

Nunca antes había visto al dios que le había otorgado el poder preocuparse por la opinión de nadie más.

Sin embargo, ahora Hazad estaba pendiente de los elfos, temeroso de que su amigo se enterara.

Tras un breve silencio,

«... Entendido. Haré los arreglos de inmediato».

Zukurak hizo una reverencia y se marchó para cumplir la orden de Hazad.

Aproximadamente una semana después.

«Marqués, he investigado el asunto que me pidió».

«¿Te refieres a Sili?».

«Sí».



«¿Y qué has descubierto?».

«Parece que así es como la llaman en realidad».

Al escuchar el informe de Evan, Alon lo miró con desconcierto.

«... ¿Por qué demonios?».

«Bueno, al parecer, después de que te fueras, ella continuó con diversas labores de ayuda humanitaria en las aldeas cercanas a Caliban».

«¿Acciones humanitarias?».

«Sí, ya sabes, cosas así».

Cuidar de los monstruos, distribuir suministros...

Después de enumerar algunas cosas, Evan añadió:

«De todos modos, debido a eso, los pueblos cercanos a Caliban han comenzado a llamarla «La Santa de Kalannon, la receptora de rayos»».

Alon se rascó la cabeza sin darse cuenta.

Esta situación no le resultaba particularmente problemática.

De hecho, era beneficiosa.



Después de todo, las acciones de Sili estaban generando confianza en Alon.

No es que él le hubiera dado poder esperando que esto sucediera.

Pero la razón de su expresión ligeramente desconcertada era...

Esto no era lo que él había pretendido.

Solo le había dado poder a Sili para que pudiera protegerse a sí misma.

Ahora, al encontrarse en la cima de un inesperado esquema piramidal, Alon pensó para sí mismo.

«Bueno, no es algo malo, así que realmente no importa... Pero tal vez debería decirle que no se exceda».

No quería que la hermana de Deus trabajara demasiado.

Después de ordenar sus pensamientos, Alon decidió que lo mencionaría la próxima vez que visitara Caliban.

Justo en ese momento...

«Marqués».

«¿Qué pasa?».



preguntó Evan.

«Eso me recuerda... ¿No dijiste la última vez que teníamos que visitar otro lugar además de la selva?».

«¿Durante el último viaje?».

«Sí. Ahora que lo pienso, creo que en realidad no fuimos allí».

Un lugar para visitar...

Alon reflexionó un momento antes de soltar un «Ah».

«Había un lugar al que teníamos que ir debido al uso limitado de «Huellas del pasado»».

«¿Verdad? Por eso pregunté. Me di cuenta de que nunca habíamos pasado por allí. ¿Por qué no fuimos?».

«No es que no quisiera, es que no podía. Solo se puede acceder a ese lugar cuando tenemos asuntos que atender en el norte».

«Ya veo».

Evan asintió con la cabeza, comprensivo.

Al verlo, Alon soltó de repente otra exclamación y sacó un objeto.



Era una gema, idéntica al rubí rojo que había obtenido en la colonia.

«Dijeron que me hablaría por sí misma cuando llegara el momento».

Alon contempló la gema roja.

Sin embargo, al igual que cuando la recibió por primera vez de los dragones de la colonia, seguía sin responder en absoluto.

«Pensé que si esperaba, al final hablaría... Pero, llegados a este punto, ¿pasa algo?».

A diferencia de lo que le habían dicho, que se comunicaría en uno o dos meses,

ya habían pasado casi seis meses y todavía no había nada.

«Parece que tendré que visitar la colonia después de mi viaje al norte».

Alon guardó el rubí y añadió otro destino a su itinerario.

Aproximadamente dos semanas después...

«Pongámonos en marcha».

Alon partió hacia Asteria para reunirse con Siyan.



Mientras Alon se dirigía a Asteria, Hidan se encontraba en el marquesado de Palatio.

Había recibido órdenes de Yutia.

En un principio, solo tenía pensado hacer una breve parada de camino a Caliban, para recoger algo de un alijo secreto y marcharse inmediatamente.

... Si no hubiera sido porque presenció algo extraño.

Hidan miró hacia adelante.

Lo que entró en su campo de visión...

un grupo que desprendía una presencia inusual.

Hombres lagarto.

Y no solo ellos.

En el lado opuesto...

Un grupo de elfos, todos tensos y mirando con ira a los hombres lagarto.



Hidan nunca había visto semihumanos que no fueran bestias.

Incluso los bestias se concentraban principalmente en el Reino Oriental, aunque también estaban activos en el Reino Aliado.

¿Pero los elfos y los hombres lagarto?

Eran tan raros en el Reino Aliado que prácticamente no existían.

En ese sentido, ver a más de diez hombres lagarto...

y un grupo igualmente numeroso de elfos...

Todos se miraban con hostilidad,

era una imagen increíblemente peculiar.

Especialmente cuando cada uno de ellos irradiaba un aura imponente.

Pero Hidan se preparó para irse.

Por muy extraña que fuera la escena, no valía la pena retrasar su misión.

Sin embargo...

«¡Lárguense, lagartijas! El marqués está bajo nuestra protección».



«¡Ja! No digas tonterías, orejas puntiagudas. Por su decreto, debemos proteger al marqués Palatio, ¡así que ustedes deben retirarse!».

«?»

«...?»

Al oír esas palabras...

Hidan se detuvo en seco, con una mirada de confusión en su rostro.

«¿Qué tonterías están diciendo, estúpidos lagartos? ¿De dónde sacan que van a proteger al marqués?».

«¡Somos más fuertes que ustedes, elfos obsesionados con el honor, así que, por supuesto, debemos ser nosotros quienes lo protejamos!».

«¡No, los elfos protegerán al marqués!».

«¡No! ¡Los hombres lagarto lo protegerán!».

A medida que la discusión se intensificaba...

«...??»

Innumerables signos de interrogación llenaban la mente de Hidan.